

que predominaba entonces en su partido. Se trata por tanto de una biografía en la que Virgilio Zapatero nos revela una figura que era muy desconocida, que supo conjugar la palabra y la pluma, el pensamiento y la acción y que desde ahora tendrá que ser tenida en cuenta a la hora de hablar de la cultura política liberal española.

Virgilio Zapatero es catedrático de Filosofía del Derecho y director del Departamento de Fundamentos del Derecho y Derecho Penal de la Universidad de Alcalá. Es autor de *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático* (1974) y de *Socialismo y ética: textos para un debate* (1980).

José M^a Aymerich
Universidad de Navarra

Rodríguez Jiménez, José Luis, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, 552 p., ISBN 84-206-6750-1.

Prólogo. Falange domesticada *versus* franquismo. 1. Mirando al Duce. 2. El fascismo llega a España. 3. Falange Española de las JONS. 4. La Guerra Civil como vía de acceso al poder. 5. En la órbita del Eje. 6. Un partido a la defensiva. 7. La Falange de Franco. 8. La disidencia falangista. Epílogo. Fuentes documentales y bibliográficas. Índice onomástico.

José Luis Rodríguez Jiménez no es ningún desconocido para quienes están interesados en el estudio y conocimiento de la derecha española del siglo XX y del fenómeno fascista en general. A sus aportaciones anteriores, una ahora el estudio del partido que histórica y socialmente es conocido como la concreción del fascismo en España: Falange Española y de las JONS, y de su posterior proyección en el régimen franquista como Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

Ciertamente no es pequeño el interés que encierra el análisis de este fenómeno histórico-político, dentro del estudio de la historia del siglo XX español, si tenemos en cuenta el hecho de que todos los españoles entre 1939 y 1975 se vieron afectados, en mayor o menor medida, por la existencia del falangismo y su presencia en distintos ámbitos de la sociedad española —sindicatos, sistema educativo, simbología en las calles, etc.—. Por ello es necesario saber qué fue realmente el falangismo, de dónde procedía, qué hubo posteriormente de auténtico y qué no. Rodríguez Jiménez aporta en este caso el fruto de su trabajo como investigador de cara a ampliar el conocimiento de esa parte del pasado de los españoles. Hay que señalar que en buena medida logra cubrir ese objetivo.

Un claro ejemplo de lo apuntado es el primer capítulo de esta obra. En él, el autor, presenta las ideas y declaraciones de personajes que serían claves en

la germinación y maduración posterior del falangismo, siendo especialmente novedoso el seguimiento que hace del contacto, conocimiento y fascinación de Rafael Sánchez Mazas respecto al fascismo italiano. Se trata de uno de los principales aportes de la obra, pues a pesar de ser considerado Sánchez Mazas como el principal de los ideólogos-intelectuales de la Falange, en cambio, tradicionalmente, Ernesto Giménez Caballero ha monopolizado los análisis en torno a la irrupción en España de la novedosa corriente que empezaba a triunfar en Italia. En este sentido hay que apuntar otro de los aciertos de la obra, el enfoque personalista con que estudia la aproximación de distintos individuos al fascismo italiano, apuntando las premisas mentales y sociales con las que partían y las interpretaciones que de todo ello surgieron.

Otra de las virtudes de esta obra, que notifica la aportación del autor al mayor conocimiento de la Historia de Falange, es el enfoque con que estudia la realidad del falangismo, ya que Rodríguez Jiménez fundamenta su visión en dos vías que, a su vez, responden a la utilización de dos tipos de fuentes de trabajo diferentes. Por un lado, estudia el discurso oficial prestando atención a las declaraciones que exponían los propios falangistas en sus publicaciones, tanto bibliográficas como, sobre todo, hemerográficas, pero contrastando la grandilocuente y, a veces, artificiosa imagen que de su propia realidad podían dar, el autor refleja las auténticas inquietudes del falangismo examinando y presentando sus escritos de consumo interno y carácter confidencial: principalmente los informes de la Delegación Nacional de Provincias. El recurso a estos informes permite el conocimiento del falangismo, durante la época franquista, a un nivel nacional y social, permitiendo saber cual era el pensamiento de los afiliados al partido que estaban fuera del auténtico centro de decisiones, que era Madrid. Además, acudiendo a la propia documentación falangista, tanto hemerográfica como burocrática, desmonta algunos de los mitos que posteriormente crearon algunos falangistas. Un ejemplo de esto último lo podemos encontrar en la orquestación oficial de una campaña de exaltación de Manuel Hedilla, cuestión que algunos de sus panegiristas han negado posteriormente.

Estas virtudes, su interesante enfoque y su recurso a las fuentes directas del falangismo, confieren a la obra un puesto propio en el seno de la bibliografía referida a Falange, si bien quedan un tanto ensombrecidas debido a la desigualdad que presenta como conjunto. Un exponente de ello es que principalmente centra su estudio en el periodo que va desde los escritos de Sánchez Mazas desde la naciente Italia fascista, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. De esta manera hay cuestiones muy desarrolladas y otras más someramente estudiadas, siendo muy significativo el estudio que del falangismo hace en los años que van desde 1945 a 1977. Así, apenas si presta atención a la evolución de los distintos Servicios Nacionales en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, pudiendo haber analizado los intentos encaminados a revitalizarlos y potenciar con ello el partido. Se echa

en falta, para el mismo periodo, un estudio que fuese más allá de la instrumentalización a la que Franco somete a FET y de las JONS, profundizando en las cuestiones internas del propio partido —como las opiniones y cuestiones provocadas por su lento pero inflexible declive.

No es que el autor no cite las cuestiones, pero frente al profundo estudio que realiza de todo lo concerniente a la historia falangista hasta 1945, el resto queda más resumido. De hecho, podría haber recurrido, con la misma frecuencia con que lo ha hecho antes, a las fuentes hemerográficas, pues si son frecuentísimas las citas a los semanarios “JONS” y “FE”, durante el periodo republicano, y a los diarios “Arriba”, “Informaciones” o “Pueblo”, hasta el fin de la Guerra Mundial, para explicar las opiniones y posicionamientos adoptados respecto a las cuestiones políticas planteadas, las mismas son muchísimo menores a la hora de referirse, por ejemplo, a cuestiones como el aislamiento internacional sufrido, la campaña a favor del sí en el referéndum de 1947, las reacciones de esa prensa ante las maniobras de Arrese en 1956, o la cuestión “Matesa”— de la que, a modo de ejemplo, poco más dice a parte de indicar que las publicaciones falangistas encontraron un filón para atacar a sus rivales—.

Por otra parte, su concepto del fascismo, muy acertadamente expuesto al comienzo de su obra dotándola así de gran coherencia interpretativa, es, en cierta medida, heredero de la histórica corriente interpretativa marxista, pues principalmente lo interpreta como un movimiento reactivo antiproletario que se fundamenta en el temor de la clase media burguesa, la cual se movilizaría con el principal designio de frenar la revolución socialista. Partiendo de esta premisa, niega en todo momento la existencia de una genuina preocupación social en el fascismo, considerando las manifestaciones en tal sentido como retórica pseudoizquierdista y demagogia destinada a favorecer maquinaciones de índole derechista. Así, si al referirse al fascismo genérico minimiza la nada despreciable herencia que éste presenta respecto a la izquierda, como ha demostrado Zeev Sternhell, al referirse a Falange parece eludir las cuestiones que desvirtúen su imagen como fuerza radicalmente derechista. Un ejemplo de lo apuntado se observa en su interpretación de la inicial ausencia de ataques al gobierno de Azaña de 1936 como una medida preventiva destinada a evitarse problemas, lo cual pudo ser así, pero la realidad no queda completa si no se indican también los elogios que Primo de Rivera dirigió a Azaña por aquel entonces. Elogios que pueden interpretarse como un inicial, aunque efímero, voto de confianza al nuevo gobierno. En este sentido, tampoco alude a algunas cuestiones que reflejan la problemática de Falange respecto al mundo de la derecha conservadora, como es el caso de señalar principalmente las negociaciones falangistas con los militares conspiradores, sin aludir a las reticencias joseantonianas respecto a esos militares cuando no se encontraba en la comprometedor situación del encarcelamiento. O el hecho de no apuntar las dificultades que Primo de Rivera tuvo con Francisco Franco

al la hora de presentar su candidatura para diputado en la repetición de las elecciones en Cuenca.

Este concepto del fascismo, que prima sobretudo el componente del nacionalismo radical antimarxista, hace que algunas apreciaciones sean un tanto excesivas, como en el caso de Onésimo Redondo. No todos los nacionalistas antimarxistas radicales eran fascistas, y en el caso de Redondo, dada la importancia del factor religioso en su mentalidad, posiblemente se trataba más de un tradicionalista fascinado por las nuevas corrientes políticas europeas. De hecho, la falta de claridad de ideas que le imputa el autor respecto a una cuestión tan fundamental en el fascismo como el Estado, deja claro lo aventurado que es definirlo como fascista, salvo que se esté entendiendo el fascismo, principalmente, como un contrarrevolucionarismo violento. La trascendencia religiosa con que Redondo concebía al hombre, lo aleja, como a otros muchos que querían ser fascistas, de la dimensión puramente humana del fascismo. Otro ejemplo de lo apuntado estaría en la calificación como pleno fascista de Francisco Moreno, Marqués de la Eliseda, quien de hecho dejó Falange porque ésta no concedió al catolicismo la preeminencia que consideraba que debía tener.

Su afán de significar a la Falange como movimiento plenamente fascista lo hace extensible al régimen del general Franco, lo cual le lleva a afirmar que la celebración del Día de la Raza era un exponente de la alianza con la Alemania Nazi. Obviamente no se deben menospreciar los mimetismos que se dieron durante el primer lustro de los cuarenta en España, pero es un tanto excesivo apuntarle veleidades biológicas a la celebración del Día de la Raza cuando tal celebración tenía cierta tradición en España, pues ya se celebraba desde tiempo antes de la guerra. Estas identificaciones se repiten al presentar como firme la alineación con Alemania desde el comienzo de la guerra, llegando a afirmar que el de Franco había sido un gobierno títere de los nazis y no apuntar, por ejemplo, la real existencia de reticencias respecto a su pacto con la URSS y su actuación y actitud con Polonia y Finlandia.

Igualmente, queda un tanto desvirtuado el asunto referente a la violencia ejercida por los falangistas. No porque no explique las razones de su voluntario y decidido recurso a la misma, sino porque maximiza sus actos al no mostrar tan claramente que también ellos eran víctimas de la radicalización violenta de las izquierdas. No se trata, obviamente, de justificar la violencia falangista como si de meras represalias se tratara, como algún antiguo falangista ha pretendido explicar, sino de aclarar que en no pequeña medida sus acciones formaron parte de la espiral de ataques-contraataques-represalias en la que izquierdistas y falangistas se vieron inmersos.

En este sentido, lo cierto es que el discurso de la obra resalta las culpas de la derecha respecto al fracaso de la República, acrecentando sus preparativos conspiratorios y minusvalorando, al mismo tiempo, los que existieron por parte de la izquierda, pues si irreal era el peligro comunista que las primeras

veían en 1936, irreal había sido el peligro fascista que las izquierdas habían enarbolado en 1934. Por supuesto que pueden argumentarse datos de cara a explicar esa paranoia izquierdista, como también pueden argumentarse para la paranoia derechista de 1936.

Estamos, en definitiva, ante una obra que por méritos propios debe ocupar un lugar destacado en el ámbito historiográfico referente a la realidad política española de buena parte del siglo XX, sobre todo en lo que concierne a la cuestión histórica del falangismo. De cara a presentar una visión más completa del falangismo, quizás la desigualdad con que se tratan las diferentes etapas de la historia falangista y la orientación interpretativa conferida a algunos temas, desluzcan algo este recomendable trabajo de investigación, si bien se trata de decisiones y gustos muy personales y, por ello, discutibles.

José Luis Rodríguez Jiménez es autor de las obras *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)* (1994); *Fascismo y neofascismo* (1996), *La extrema derecha española* (1997); *¿Nuevos fascismos? Extrema Derecha y Neofascismo en Europa y Estados Unido* (1998).

Francisco Javier Fresán Cuenca
Universidad de Navarra